

Mobilización social y espacio vivido. Una etnografía de ritmos y performances de la protesta urbana en Santiago de Chile*

Nicolás Orellana¹

Universidad Academia de Humanismo Cristiano (Santiago, Chile)

Walter Imilan²

Universidad Central de Chile (Santiago, Chile)

RESUMEN

El creciente interés en los estudios de movilización social en Chile ha profundizado numerosas dimensiones de la contestación, no obstante, se observan pocos estudios que articulen la práctica contestataria con la apropiación del espacio urbano. Este artículo explora esa articulación, examinando cómo el espacio urbano vivido es transformado por las dinámicas de protesta. La etnografía permite ampliar las estrategias metodológicas habitualmente empleadas en los estudios de movilización social, sostenidas en técnicas de análisis discursivos. A partir de la observación participante etnográfica analizamos la marcha del Primero de Mayo Clasista y Combativo para demostrar que la ocupación de la calle –marcha–, y el enfrentamiento radical –barricada, acción encapuchada–, se caracterizan por ritmos y performances contingentes que transforman la experiencia urbana y cuyas significaciones producen un espacio vivido. Estos hallazgos sugieren que, la ciudad y el espacio urbano, más que ser depositarios pasivos de prácticas, actúan de modo dinámico y simbólico, posibilitando registros alternativos a la experiencia dominante de ciudad.

Palabras clave: Movilización social, Espacio vivido, Etnografía, Ritmos, Performances.

Social Mobilization and Lived Space. An Ethnography of Rhythms and Performances of Urban Protest in Santiago, Chile

ABSTRACT

The growing interest in studies of social mobilization in Chile has deepened several dimensions of contestation, however, few studies have observed the articulation between the practice of contestation with place-making. This article explores this articulation to examine how lived urban space is transformed

* Este artículo es producto de las siguientes investigaciones: Proyecto FIIC N°2018-02-01: "Activistas cotidianos. Performatividades militantes desde un enfoque de movilidad", Fondo Institucional de Investigación y Creación (FIIC), Universidad Academia de Humanismo Cristiano (2019-2020); Postdoctorado Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile: "De lo social a lo político. Las asambleas barriales y el proceso constituyente en Chile" (2020-2021); Postdoctorado Fondecyt N°3210149: "Vida cotidiana, acción colectiva, y organización local. Lo comunitario, lo espacial y lo político en las asambleas autoconvocadas en Chile (2021-2024).

¹ Doctor en Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Católica de Lovaina. Correo electrónico: nicolas.orellana@uacademia.cl

² Doctor en Ingeniería. Universidad Técnica de Berlín. Correo electrónico: wa.imilan@gmail.com

by protest dynamics. Ethnography allows the exploration of this relationship, expanding the methodological strategies usually employed in studies of social mobilization sustained in discursive analysis techniques. By an ethnographic participant observation, we focused on the “May Day Classist and Combative march” to demonstrate that the occupation of the street –march–, and the radical confrontation –barricade and hooded action–, are characterized by contingent rhythms and performances, that transforms the urban experience, and whose meanings produce a lived space. These findings suggest that the city and the urban space, rather than a scenario of practices, act in a dynamic and symbolic way, making possible alternative registers to the dominant experience of the city.

Keywords: Social Mobilization, Lived space, Ethnography, Rhythms, Performances.

DOI: 10.25074/07198051.38.2333

Artículo recibido: 02/05/2022

Artículo aceptado: 03/06/2022

INTRODUCCIÓN

Las investigaciones en torno a la movilización social han impulsado debates sobre las realidades que producen los eventos contestatarios. Sean causas o efectos, lo cierto es que los fenómenos de movilización han sido tierra fértil de interpretaciones. ¿cómo ellas se despliegan en contextos urbanos concretos?, ¿se observa una única manera, o más bien se superponen varias?, ¿son las manifestaciones expresiones de una experiencia urbana particular?, son algunas de las preguntas que emergen cuando se mira la movilización contestataria. Las diversas investigaciones, basadas tanto en métodos directos como indirectos de producción de información, aportan conocimientos relevantes, pero se tornan insuficientes para entender la complejidad de estas experiencias. En el presente artículo, exploramos esta articulación entre práctica contestataria y espacio urbano vivido, entendido como un lugar de experiencia y práctica, que permite investigar sus complejidades mediante sus dimensiones espaciales, sociales e históricas (Soja, 2008; 2010). Con esto, exponemos una dimensión relevante, pero poco estudiada, de los estudios de movilización social. En este sentido, examinamos cómo las dinámicas de la protesta transforman las significaciones del espacio, para demostrar que la ocupación de la calle –marcha–, y el enfrentamiento radical –acción encapuchada, barricadas–, caracterizados por ritmos y performances transforman, de modo contingente pero significativo, la experiencia urbana. Las significaciones de las prácticas de contestación están, por tanto, inherentemente articuladas al espacio vivido de manifestación, lo que permite la producción de registros alternativos a la experiencia dominante de ciudad. Es mediante la apropiación material y simbólica del espacio de movilización, en tanto “cristalización social efímera e informal” (Delgado, 2004, p. 127), que se producen espacios significativos y característicos que emergen de la práctica contestataria, con performances y ritmos distintivos.

Abordar esta articulación entre prácticas contestatarias y el espacio vivido permite, por tanto, proponer modos de comprensión de la dimensión espacial de la movilización social. Esto es especialmente relevante considerando el contexto de revuelta vivido en Chile desde octubre de 2019, donde las y los ciudadanos salieron a las calles de forma masiva como nunca antes en la historia del país, para exigir cambios profundos en la estructura político institucional. Estas manifestaciones, que adquirieron dimensiones masivas e irruptoras, producen nuevos espacios vividos, mediante la ocupación de calles y plazas en diversos puntos de las ciudades, demandando marcos de comprensión que indaguen las articulaciones entre protesta social y espacio. Este artículo se inserta en la invitación a reflexionar, de modos dinámicos y móviles, esta articulación de prácticas contestatarias con espacios vividos con miras a una mayor comprensión de dichas dinámicas y significaciones.

Para lograr el propósito, primero presentamos una problematización de los trabajos que dan cuenta de las movilizaciones y su relación con el espacio urbano. Luego, proponemos los conceptos de movilidad, espacio vivido, ritmos y performances, como elementos relevantes, pero poco desarrollados, de análisis. En tercer lugar, mostramos cómo la etnografía nos permite dar cuenta de esos elementos. En cuarto, desarrollamos un relato etnográfico de la manifestación del Primero de Mayo Clasista y Combativo del año 2018, dando cuenta de las dinámicas de uso del espacio urbano en su desplazamiento por la ciudad. Seguimos con un análisis de la relación entre práctica contestataria y espacio vivido, con ritmos y performances características en contexto de manifestación, centrándonos en las formas de apropiación y las formas de transformación del mismo. Concluimos el artículo con vías de profundización posibles, centradas en los aspectos rituales, las vidas cotidianas, y el contexto de revuelta social de octubre de 2019 en Chile, que puede eventualmente extrapolarse a otros espacios, nacionales e internacionales.

ANTECEDENTES. MOVILIZACIÓN SOCIAL Y SU EXPRESIÓN URBANA

Los estudios sobre las transformaciones de lo urbano como experiencia y modo de vida, han estado continuamente presentes en la reflexión social. En particular, a partir de las transformaciones estructurales de la década de 1970, que han implicado mutaciones en la lógica de la vida urbana, en las interacciones entre individuos y grupos, y en la relación entre ellos con el espacio urbano.

Del amplio abanico de investigaciones al respecto, en Chile se pueden distinguir aquellas que dan cuenta de los efectos que las mutaciones urbanas han tenido en las maneras de habitar y vivir la ciudad, producto de las transformaciones estructurales neoliberales. Un urbanismo fragmentador (Borsdorf e Hidalgo, 2009) y segregacionista (Sabatini y Brain, 2008; Ortega, 2014; Rodríguez, 2016), cuya planificación es débil o paradójica (Maturana, 2017), han convertido a la ciudad en escenario de las desigualdades estructurales. Estos estudios se concentran en observar cómo las fisuras sociales se ven reflejadas en un espacio urbano que es, a su vez, fragmentado y segregado. En este marco, una de sus consecuencias sería el cierre de los espacios públicos, tendiendo hacia una experiencia

urbana que priorizaría los espacios privados y cerrados, como viviendas unifamiliares, barrios cerrados (*gated communities*), malls o eventos pagos (Janoschka, 2011; Borsdorf, Hidalgo y Vidal-Koppmann, 2016) por sobre el uso y apropiación del espacio público como experiencia común de las y los urbanitas. Ejemplos de esto podemos encontrar en los cierres de parques y plazas, o, en su punto más significativo en Chile, en el cierre del acceso al palacio presidencial. El espacio público, vaciado de identidad, de vínculos sociales y de acción colectiva, devendría espacio de utilización pasiva y volátil, priorizando su uso instrumental. La relación entre el habitar y la ciudad se encontraría trizada.

En cuanto a los estudios de organizaciones sociales y movilización, se ha visto numerosas investigaciones, principalmente en torno a grandes procesos contestatarios. Si bien estos fenómenos han sido históricamente persistentes, es particularmente a partir del 2011, producto de las masivas movilizaciones sociales, especialmente estudiantiles, que ellos devienen relevantes para la reflexión. Entre estas investigaciones, se encuentran aquellas que observan la articulación entre práctica contestataria y el espacio urbano, centrándose en el estudio de organizaciones. Se observan, por un lado, aquellas centradas en organizaciones de defensa barrial ante la expansión de grandes proyectos inmobiliarios, o que promueven el uso y apropiación de espacios públicos de modo sustentable (Link y Méndez, 2010; Canteros, 2011; López y Ocaranza, 2012), abogando por modos alternativos de producción del espacio en relación a estas políticas urbanas de carácter neoliberal.

Por otro lado, se encuentran aquellas que se centran en el estudio de organizaciones territoriales populares (comités de vivienda, organizaciones de allegados, asambleas de vivienda, entre otros) y su relación con demandas por derecho a la vivienda, a la ciudad y a una vida digna. Estas organizaciones, orientadas hacia la demanda concreta e histórica de vivienda, emergerían como espacios de resistencia comunitarios, y la lucha por la vivienda vendría a erigirse como vehículo para apropiarse de un territorio (Angelcos, 2016). Estas investigaciones abogan por que la lucha por la vivienda se erige como sustento de un proceso de construcción de subjetivaciones políticas (Angelcos, 2016; Angelcos y Pérez, 2017), así como de una lucha por el derecho a la ciudad y a la vida digna (Cortés, 2014; Angelcos y Pérez, 2017).

En ambos casos, explícita o implícitamente, estos estudios siguen el argumento de una ciudad fragmentada y segregada, aunque las organizaciones y las luchas ocupan y significan el espacio en una resistencia a la segregación o fragmentación social y espacial. Esto lleva a una construcción de subjetividades, identidades y prácticas alternativas, no hegemónicas, de resistencias inscritas en un territorio delimitado, tanto material como simbólicamente (el barrio, la población). Y es a partir de esos territorios que el espacio se significa, apropia y consolida, tornándose la base de una demanda social que adquiere carácter político, en tensión con la experiencia urbana fragmentada y segregada.

MARCO CONCEPTUAL: MOVILIDAD, ESPACIO VIVIDO, PERFORMANCES, RITMOS

La relevancia de las investigaciones arriba mencionadas es indudable. La organización social territorial como base de subjetividades políticas, la lucha por la vivienda como una lucha por el derecho a la ciudad, y la resistencia a la “depredación inmobiliaria” como alternativa comunitaria y de construcción de ciudadanía, son todas valiosas formas de comprensión de las diversas dimensiones de una relación entre espacio y organización social. Sin embargo, en estas, existe una relación específica entre sociabilidad y localidad, que aparece como una “comunidad basada en un origen común territorialmente fijada (...) para abordar los procesos de construcción de identidad en la ciudad” (Imilan, Jirón e Iturra, 2015, p. 91). La ciudad, más allá del barrio, se desdibuja perdiendo su sentido comprensivo, deja de ser lo que está en juego (Diz, 2018), para refugiarse en esas comunidades protegidas llamadas barrios. Además, estas investigaciones suelen centrarse en la dimensión discursiva de organizaciones (Mansilla, 2015), más que en las prácticas de movilización y su relación con el espacio vivido, si entendemos por movilización la “apropiación colectiva del espacio público con fines expresivos” (Delgado, 2004, p. 130). En este contexto, los estudios de movilidad adquieren relevancia, pues permiten pensar en la articulación entre los fenómenos de movilización, con la significación espacial de dichas prácticas. La movilidad, entendida como el entrelazamiento de movimiento, prácticas y representaciones (Cresswell, 2010; Sheller, 2017; Jirón e Imilan, 2018; Pujadas, 2018) se vuelve una perspectiva particularmente útil cuando se investiga la práctica de movilización social, y su articulación con el espacio urbano como espacio vivido (Borch, 2002; Soja, 1996; 2010; Lefebvre, 2013), ya que permite develar los lugares transientes, que se significan mientras se transita por ellos (Jirón, 2011).

El espacio vivido, se entiende como una manera crítica de pensar el espacio, que deconstruye la tradicional lógica binaria (las cosas en el espacio, y las reflexiones sobre el espacio), creando una tercera dimensión que incluye las dos anteriores (material y mental, real e imaginada) (Borch, 2002), pero que va más allá y permite captar una espacialidad dinámica, intrínsecamente problemática de la vida humana. El espacio vivido, pues, trata de comprender un lugar simultáneamente real e imaginario, un lugar que es de experiencia y práctica, individual y colectiva, que permite investigar la complejidad de las prácticas a través de sus dimensiones espaciales, sociales e históricas (Soja, 2008; 2010). Los espacios vividos son, por tanto, espacios de los habitantes, donde se “Recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos” (Lefebvre, 2013, p. 98). El espacio vivido, un “tercero-como-otro”, permite ir más allá de la lógica dicotómica que “nunca ha podido capturar la complejidad de la experiencia, la amplitud y el tal vez inescrutable misterio del espacio vivido...” (Soja, 2010, p. 192).

Entre las dimensiones relevantes para capturar ese espacio vivido, se encuentran la performance y los ritmos. Performativizar es realizar una acción con un sentido simbólico, que muestra algo a aquellos que están observando (Schechner, 2005; Fischer-Lichte, 2008; Taylor y Fuentes, 2011). Son comportamientos corporalizados que las personas entrenan y

ensayan, aprendiendo las partes apropiadas, culturalmente específicas, para comunicar algo (Schechner, 2013). En términos culturales, la performance se caracteriza por ser una práctica repetitiva con una dimensión temporal, en la que el cuerpo resulta el principal medio que transmite saberes, emociones, memorias, identidades y compromisos políticos, construyendo repertorios que los observadores reconocen dentro de un marco de referencia, con su propia lógica, su propio tiempo, y su propia estructura compartida (Taylor, 2003; Taylor y Fuentes, 2011). Para las y los activistas, los cuerpos se transforman en sitios de acción política, que producen y difunden ideas, significados e identidades (Orellana y Chamorro, 2021), resistiendo “el control disciplinario a través de las luchas sobre el espacio urbano, y expresan mensajes políticos divergentes a través de formas alternativas, estilos y configuraciones espaciales de protesta” (Juris, 2014, pp. 236-237).

Los ritmos se entienden a partir de la idea de que “En todas partes donde hay interacción entre un lugar, un tiempo y un gasto de energía, hay ritmo” (Lefebvre, 2004, p. 15). Un ritmo-análisis se basa en casos concretos, observando repeticiones, interferencias y nacimientos/fines de las interacciones. Para develar los ritmos, es necesario observar, pero también escuchar, oler, mirar gestualidades, y sentir, utilizando todos los sentidos disponibles para reconocer de qué modo, una práctica determinada adquiere un ritmo, o cuándo y cómo esos ritmos se descomponen, superponen, o cesan. La noción de ritmo introduce la temporalidad al análisis espacial, lo que permite observar el movimiento, las duraciones, sus densidades e intensidades. En este sentido, al igual que la performance, la relevancia del cuerpo como sujeto de ritmos, y la construcción social de ellos, adquieren centralidad (Zunino, 2018). Los ritmos se pueden percibir en las interacciones individuales y colectivas, y el desafío es cómo reconducir su multiplicidad y desfase temporales en unidades integradas (Melucci, 1997).

Las movilizaciones pueden pensarse considerando los espacios vividos como lugares que se significan mientras se transita por ellos (Delgado, 2004; Jirón, 2011), constituyentes de una experiencia particular, contingente, discontinua, efímera e informal. Performances y ritmos permiten dar cuenta, “a través de lo que hacen, y de cómo lo hacen” (Melucci, 1985, p. 812) del espacio contestatario como un espacio vivido.

MARCO METODOLÓGICO

Describir y analizar el despliegue, el movimiento y las escenificaciones de las formas de protestar requiere de estrategias etnográficas que logren develar las relaciones entre cuerpos y performances con el espacio público (Orellana y Chamorro, 2021). Aquí exponemos los resultados de una serie de investigaciones basadas en etnografías de manifestaciones públicas en Santiago, que incluyen marchas multisectoriales y multiactorales (08 de marzo, Primero de mayo, “11” de septiembre, 12 de octubre, manifestaciones ecologistas), así como otras manifestaciones sectoriales (profesores, estudiantes, trabajadores) desde el año 2015 hasta septiembre de 2019. Hemos realizado observaciones participantes de más de veinte manifestaciones, elaborando relatos etnográficos con los que trabajamos, y complementamos dichas observaciones, con

material audiovisual, revisión documental y de prensa, y entrevistas en profundidad. Ilustramos estos resultados con la marcha del Primero de Mayo Clasista y Combativo del año 2018, puesto que ella permite dar cuenta, de mejor modo que otras, lo que aquí exponemos. Esta marcha, de carácter colectivo, organizacional y que apunta a la institucionalidad por objetivos sociales y políticos, se torna un referente ilustrativo de las manifestaciones. Por un lado, porque se organiza, se prepara y se presenta de un modo “tradicional” (organizaciones colectivas de trabajadoras y trabajadores que demandan al Estado, marchando tras un lienzo que les identifica colectivamente) y, por otro, porque también se puede encontrar una diversidad de organizaciones que despliegan demandas de diversos modos (laborales, ecologistas, de vivienda, veganas, disidencia sexual, entre otras, con banderas gigantes, máscaras, cuerpos pintados, entre otros). En este sentido, combina modos tradicionales de manifestación, con modos más contemporáneos de activismos (Haenfler, Johnson y Jones, 2012).

En este marco, la observación participante se constituye como un acercamiento particularmente adecuado para levantar información relevante de estos períodos, breves e intensos, de movilización, ya que su objeto es desentrañar las estructuras significativas que tienen las conductas sociales, buscando develar y describir las relaciones entre prácticas sociales y sus significados, dando cuenta de este modo de la densidad de la vida social (Geertz, 2003; Restrepo, 2018). La observación etnográfica permite captar dinámicas, interacciones y horizontes de sentido, al articular la experiencia densa, la reflexividad, y el compromiso intersubjetivo (Geertz, 2003; Clifford, 2003; Restrepo, 2018), dando cuenta de los diversos significados de las prácticas.

Específicamente, este acercamiento lo realizamos mediante un acompañamiento etnográfico de la manifestación, participando en ella y observando sus dinámicas en relación al espacio urbano. En este sentido, concebimos la manifestación como un movimiento que produce y transforma las prácticas sociales y las representaciones culturales de las y los manifestantes, permitiendo trazar motivos, velocidades, ritmos, rutas, experiencias y fricciones (Cresswell, 2010; Sheller, 2017).

En la siguiente sección, describimos las interacciones entre espacio y movilización en la marcha del Primero de Mayo Clasista y Combativo de 2018, dando cuenta de los modos en que ese espacio deviene vivido, a través de performances y ritmos.

DINÁMICAS DE MOVILIZACIÓN: PRIMERO DE MAYO CLASISTA Y COMBATIVO EN SANTIAGO DE CHILE

La mañana del primero de mayo del 2018 estaba convocada, a las 10:00 en la esquina de Avenida Brasil con Alameda, una de las dos grandes manifestaciones que conmemoran el día internacional del trabajo. Este llamado, realizado por la Central Clasista de Trabajadoras y Trabajadores (CCTT), se constituye como alternativa a la tradicional marcha

convocada por la Central Unitaria de Trabajadores (CUT)³. La CCTT, que agrupa a una serie de sindicatos y organizaciones sociales, se plantea como clasista y combativa y su norte es abolir la explotación y opresión de clases. Reúne así a las izquierdas radicales del abanico sociopolítico en Chile.

La mañana estaba fría, pero despejada y tranquila. La radio anunciaba, alrededor de las 09:20, 5° Celsius, en la que probablemente era la mañana más helada del año. Llegamos al lugar un poco antes de la hora, y en la espera observamos que los activistas y organizaciones llegaban, poco a poco, a instalarse en la calzada norte de la Alameda. Ubicándose en algún espacio libre, comenzaban a formar la columna que marchará en dirección poniente, hacia Matucana con Alameda. Observamos una multiplicidad y heterogeneidad de organizaciones, agrupaciones y sindicatos, entre las que destacan, como en años anteriores, la Unión Clasista de Trabajadoras y Trabajadores (UCT), la Confederación General de Trabajadores (CGT), el Bloque de Organizaciones Populares (BOP), el Sindicato Unitario de Trabajadores de la Educación (SUTE), el Comité de Unidad Revolucionaria (CUR), La Federación Nacional de Pobladores (Fenapo), el Movimiento de Pobladores Ukamau. Destaca también una *wiphala*⁴ gigante desplegada en el suelo, ocupando todo el ancho de la calzada.

La esquina de las avenidas Alameda y Brasil se ve, a la vez, monumental y degradada. Monumental porque sus edificios datan de la segunda mitad del siglo XIX, cuando las capas altas de la sociedad instalaron en dicho sector sus casonas y palacios⁵, y degradada porque los mismos edificios están en precarias condiciones, oscurecidos por la contaminación, sus fachadas desteñidas y descascaradas, funcionando probablemente como bodegas de los negocios de repuestos de autos que proliferan hacia norte por Avenida Brasil.

Las organizaciones que van llegando, ocupan la calzada. Por banal que parezca esta constatación, es relevante para analizar la apropiación de la ciudad de los eventos contestatarios ya que, en días normales, el peatón está obligado a desplazarse por la acera, sancionándose su infracción, según el artículo N°162 de la Ley de Tránsito⁶. Quienes en la manifestación se sitúan en la acera, son principalmente comerciantes ambulantes que venden banderas, chapas, posters o souvenirs, personas que esperan a otras, o también quienes avanzan o retroceden más rápidamente que el ritmo que impone la columna⁷.

³ Esta convocatoria se viene realizando hace varios años y de diversos modos. Antes, era el Comité Iniciativa de la Unidad Sindical (CIUS) quien la realizaba. Para más detalles, ver centralclasista.cl, y Valdebenito, E. "La CUT de cara al 1 de Mayo: La estrategia de la impotencia", laizquierdadiario.cl, 30 de abril, visitado el 12 de mayo de 2018.

⁴ Bandera de los pueblos andinos de América del Sur.

⁵ www.plataformaurbana.cl, www.urbatorium.blogspot.com, visitados el 24 de junio de 2020.

⁶ Biblioteca del Congreso Nacional, www.leychile.cl, consultado el 24 de junio de 2020.

⁷ Antes de octubre de 2019, las manifestaciones comúnmente debían ser autorizadas por la Intendencia. La CCTT solicitó el permiso el 10 de abril. "Se traza el camino hacia el 1° de Mayo Clasista". Central clasista de Trabajadoras y Trabajadores, 12 de abril de 2018, revisado el 26 de junio de 2018.

Caracterizar detalladamente la enorme cantidad de participantes es una tarea ilusoria e inútil, pero podemos decir que son mujeres y hombres de todas las edades, aunque prevalecen jóvenes y adulto-jóvenes, de entre 20 y 40 años. Observamos también algunos adultos mayores, y también familias con hijos. Las personas se visten informales, y el atuendo más común son los pantalones de mezclilla, zapatillas, y parcas o abrigos, en su mayoría de colores oscuros u opacos. A medida que avanza la marcha, y que la temperatura aumenta, los participantes se van sacando los abrigos y aparecen polerones, chalecos, incluso poleras, apareciendo los colores en las vestimentas. En las pancartas y lienzos prevalece el rojo y el negro, pero se pueden ver también blancos, azules, morados, entre otros.

El ambiente previo al inicio de la marcha era de cordialidad y amabilidad entre individuos y agrupaciones. Entre el ruido de la multitud de participantes que por momentos gritan consignas o cantan, los esporádicos discursos con megáfono de algún dirigente, y la música de las batucadas que se escuchan permanente como trasfondo, se ven personas de diferentes organizaciones saludándose, conversando y debatiendo, a pesar de que entre ellas existan diferencias que parecen significativas. Otras personas recorren la columna repartiendo volantes o vendiendo pasquines. También se podía ver madres y padres que marchaban con sus hijas e/o hijos.

Luego de una hora de espera, cerca de las 11:00, ya con personas y organizaciones suficientes, comenzó el desplazamiento organizado del conjunto de participantes. Este se produjo de forma escalonada, de tal manera que la organización que se encontraban al frente de la columna (la CCTT) comenzó a avanzar y, de a poco, las demás organizaciones le siguieron el paso. El trazado de la marcha se dirigía hacia el poniente, en un recorrido de doce cuadras (alrededor de 1,5 kilómetros) hasta calle Matucana, donde se había instalado un escenario.

La marcha transcurrió como muchas otras de este tipo: las organizaciones caminan tras un lienzo llevado por los activistas, donde se puede leer, junto el nombre y sigla de la organización, sus reivindicaciones y demandas. Tras el lienzo, otros activistas llevan pancartas o banderas, en la misma línea del lienzo, o con alusiones a temas más generales de las luchas sociales. Por ejemplo, tras el lienzo rojo con letras blancas y negras del Comité de Unidad Revolucionaria (CUR), se situaban militantes con banderas rojinegras o con estandartes de fondo rojo con el busto dibujado en negro de María Teresa Flores y la sigla de la organización, como se observa en la imagen 1.



Imagen 1: Momentos antes de la partida de la marcha. Elaboración propia.

El trayecto fue mayormente tranquilo. El sonido era un permanente cántico, batuqueo, silbidos, gritos y coreo de consignas, entre ellas: “¡Se sienten, se escuchan, arriba los que luchan!”, o “¡Lucha, lucha, lucha, no dejes de luchar! ¡Por un gobierno obrero, obrero y popular!”. En ningún momento, hubo silencio. Su ritmo era lento. Más lento que un caminar estándar, debido a diversas detenciones, porque alguna agrupación realizaba una performance, o porque se generaban tapones o embotellamientos. La marcha tampoco era continua, de tal forma que se veían espacios donde las agrupaciones y manifestantes se aglutinaban más, y otros en que escaseaban –aunque no había espacios vacíos-. Cuando estábamos apenas a una cuadra del inicio de la marcha, un conocido que venía desde adelante nos comentó que la columna ya estaba llegando al lugar del escenario, lo que quiere decir que la marcha se desplegaba, en ese momento, por toda la extensión del recorrido.

La marcha continuó del mismo modo. Pudimos ver una comparsa compuesta de unos 30 integrantes disfrazados, bailando y tocando música. Ésta iba acompañada de personas bailando y aplaudiendo espontáneamente, lo que le daba un toque de color y alegría a la manifestación. Entre medio, las personas se encontraban, conversaban, reían y debatían. En general, todo siguió del mismo modo hasta que arribamos a la zona del acto, en Matucana con Alameda cerca del mediodía. Vimos cómo las y los participantes nos aglomerábamos. A medida que iban llegando más agrupaciones, la compresión de manifestantes aumentaba. De hecho, a más de una cuadra del escenario no pudimos seguir avanzando.

Una vez allí, escuchamos los discursos de las distintas organizaciones, criticando al sistema, al gobierno y a la CUT, llamando a la unidad y lucha de la clase trabajadora. También había música en vivo intercalada entre los discursos y el coreo de consignas. El sonido ambiental comenzó a ser más alto, pues mientras las organizaciones llegaban,

coreaban sus consignas, tocaban sus instrumentos, silbatos, tambores, aplausos y cánticos. Algunas consignas se propagaban, y multitudes comenzaban a corearlas, generando una algarabía que, por momentos, era ensordecedora.

Luego de unos diez minutos detenidos en esa esquina, nos dimos cuenta que algo pasaba en la parte posterior de la marcha. Alguien nos dijo “Los pacos ya empezaron... está fuerte...”, refiriéndose al gas lacrimógeno que usa la policía para reprimir las manifestaciones. En ese momento vimos cómo, al fondo de la columna, el carro lanza aguas lanzaba chorros de agua con químicos tóxicos directamente contra los manifestantes. Algunos manifestantes comenzaron a retirarse, para no quedar en medio de la dinámica del enfrentamiento ritual, performativo y violento con la policía.

La manifestación comenzó a agitarse. La gente se miraba, y levantaba la cabeza para ver desde dónde venía la alteración. Desde el fondo de la columna empezaba a llegar más y más gente, comprimiéndose cerca del escenario. Quienes estaban más adelante se empezaron a mover en su sitio, nerviosos, y varias personas empezaron a retirarse por las calles aledañas. No obstante, el grueso de las y los manifestantes se quedó hasta que la policía estuvo muy cerca, momento en que no fue desbande, sino que pareciera existir cierto “saber hacer” respecto de estas situaciones ya que quienes se retiraban lo hacían caminando, mientras que quienes se quedaban, no parecieran tener miedo. Al menos sus expresiones corporales no lo denotaban, sino más bien, se escuchaban diatribas contra la policía. Muchas y muchos se quedaron hasta el final el acto, aunque con ojo atento a la represión.

En este momento, poco a poco adquiere centralidad un segundo momento típico de las manifestaciones en Chile: la acción encapuchada. Esta normalmente comienza con lo que parecen contiendas focalizadas, o escaramuzas entre encapuchados y fuerzas policiales, para devenir luego en enfrentamientos generalizados que involucran –voluntariamente o no– al conjunto de las y los participantes del evento. Podemos observar una treintena de “capuchas” que, en la esquina de Chacabuco con Alameda, esperaban el avance de la policía, y también otros que caminaban entre medio de los manifestantes. La cantidad de encapuchados era mayor que otros años o manifestaciones. Pero lo que también creció fue la barricada que se erigió al frente de Estación Central, como se observa en la imagen 2.



Imagen 2: Grupos comenzando a arrumar objetos para prender la barricada. Al fondo se observa la Estación Central de trenes de Santiago. Elaboración propia.

En eso, la policía avanzó por ambas calzadas de la Alameda, donde se podía observar varios carros lanza-agua, lanza gases, micros, furgones, y al menos dos piquetes con una sesentena de efectivos a pie. Casi inmediatamente, dos carros lanza-gases arremeten veloz y directamente contra los manifestantes por el lado norte, deteniéndose apenas a unos tres metros de donde estaba un grupo de encapuchados, mezclados con manifestantes sin capucha. Luego, lanzaron un gas tóxico, de color amarillento, que se expandió por toda la esquina.

Entre medio, algunos encapuchados lanzaban cualquier objeto contundente contra los vehículos, insultando a las fuerzas policiales. Tras los lanza-gases vino el carro lanza-aguas, que comenzó a lanzar un chorro de agua tóxica hacia quienes estábamos por las inmediaciones. Muchos comenzamos a toser, a llorar, y es recién ahí cuando comenzamos a arrancar del gas, porque pareciera que la estrategia policial es dejar que la acción encapuchada tenga lugar, mientras no exceda ciertos límites, como irrumpir en negocios, destruir la vía pública mayor, u otro. La dinámica de enfrentamiento, ritualizada, implica conocimientos y expectativas de parte de ambos bandos.

En ese momento comenzó un peregrinar que transitó por todo el espacio de la manifestación, escapando de las fuerzas policiales, sus gases y chorros tóxicos, avanzando hacia ellos gritando consignas contra la represión y contra el Estado, esquivando lacrimógenas, viendo cómo algunos “capuchas” intentaban mantener viva la barricada, la gente intentaba mantenerse en la manifestación. Llegó un momento en que había más personas dispersas que reunidas, mientras los organizadores, luego de la presentación de una banda, terminaron el acto cantando “La Internacional”, que comenzó a sonar por los altoparlantes. Al lado nuestro, hay un señor que canta, a todo pulmón, el

himno con su puño en alto. Las personas están de pie en una señal que parece de respeto. El himno termina y alguien grita: “¡Vivan los trabajadores!” y un coro de gente le secunda con un “¡Vivan!”. Luego, comienza otro coro gritando: “¡Se sienten, se escuchan, arriba los que luchan!”, unas seis veces hasta que se difumina entre otros sonidos y gritos. La gente que quedaba, bastante menos de la que llegó al acto, comienza ya a retirarse en masa. El acto termina cerca de las 13:00 luego de casi tres horas de manifestación, y nosotros también nos retiramos.

ANÁLISIS. LA MOVILIZACIÓN COMO APROPIACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO URBANO

Capturar las dinámicas de las manifestaciones como la del primero de mayo, aprehendiendo las múltiples dimensiones y significados de las interacciones personales, sociales y espaciales, es un esfuerzo que un enfoque etnográfico permite develar, mediante un acercamiento directo e intenso. Se describen así distintos modos en que el espacio deviene en espacio vivido, en el mismo transcurrir de la práctica contestataria. Ello permite develar las implicancias que tiene, por ejemplo: la “espera” de más de una hora de la columna antes de iniciar la marcha; o la relevancia de su andar pausado, demorando más de dos horas en un trayecto que, normalmente, toma media hora; o aun las implicancias contingentes de unos trabajos en la Alameda, que sirvieron para erigir una enorme barricada. Participar de la manifestación se torna, por tanto, un lugar privilegiado de observación, que permite articular experiencia, reflexividad, y compromiso intersubjetivo (Geertz, 2003; Clifford, 2003; Restrepo, 2018).

A partir de ello, ahora mostraremos cómo las movilizaciones, despliegan ritmos y performances que transforman el espacio cotidiano en un espacio vivido específicamente contestatario, produciendo registros alternativos a la experiencia dominante de ciudad.

En ese situarse o moverse por la calzada de toda manifestación y que se erige como la primera subversión material y simbólica de la experiencia dominante de ciudad, se pueden distinguir dos registros relevantes. Por un lado, la marcha, que consiste en la reunión, el desplazamiento y un acto final. Por el otro lado, la acción encapuchada, que es el enfrentamiento violento entre encapuchados y policía. Ambos registros constituyen dos caras de un mismo repertorio de contestación (Tilly, 2005), con caracteres y dinámicas performativas propias (Juris, 2014; Orellana, 2020).

Ambas dinámicas son ocupaciones del espacio público distintas al uso cotidiano, pues en la vida cotidiana, el uso del espacio público se caracteriza fundamentalmente por prácticas de traslados, movimientos entre puntos de individuos y cosas, donde lo instrumental parece devenir el aspecto central del movimiento. Si bien estas prácticas tienen un componente simbólico, lo cierto es que como conducta colectiva son dispersas, primando las significaciones individuales. En cambio, en las movilizaciones el peatón individual adquiere protagonismo colectivo, “en tanto se apropia, coordinándose con otros como él, de los escenarios públicos de su vida cotidiana (...) para convertirlos en proscenio de

dramaturgias colectivas que son al mismo tiempo ordinarias y excepcionales” (Delgado, 2004, p. 126). Ahora, si bien marcha y acción encapuchada son dos caras de un mismo repertorio, cada una produce un registro propio, aunque complementario.

La marcha, por una parte, como movilización masiva relativamente organizada de personas que no se conocen, pero coinciden provisionalmente en torno a un conjunto de demandas equivalentes, conforman esa “cristalización social efímera e informal” (Delgado, 2004, p. 127), que implica la ocupación del espacio público de modos distintos al cotidiano. Cotidianamente, la calzada es transitada por vehículos motorizados, mientras que en la movilización, ella es ocupada por personas, cuyos cuerpos la copan. En el diario vivir, lo que marca la calzada es la velocidad, mientras en la movilización lo que la marca son sus ritmos pausados. La marcha entonces, tiene un ritmo propio y característico, con repeticiones, regularidades y fricciones (Lefebvre, 2004), que distan notoriamente con las velocidades que esos espacios tienen en los usos cotidianos. En la marcha, el espacio se transita caminando, a pasos que por momentos son lentos, con detenciones y pausas, y en otros, rápidos. El ritmo de la marcha implica ruidos, movimientos, escenificaciones, materialidades y expresividades (levantar el puño, bailar, cantar, corear o gritar consignas). La marcha transforma la velocidad cotidiana, marcada por la eficiencia e instrumentalidad, en ritmos que “realizan la apropiación de la ciudad” (Alessandri, 2014, p. 13) a través de pasos, cuerpos, lentitudes que ocupan la calzada y que significan de un modo otro, no instrumental, los espacios por los que se transita mientras se protesta. Ese caminar, que cambia los ruidos industriales y homogéneos de motores y bocinas por la artesanía diversa de pitos, lienzos, consignas, comparsas, pañuelos y capuchas, implica “contra-apropiaciones a modo de resistencias o apropiaciones espontáneas” (Martínez, 2014, p. 2), que subvierten la lógica dominante de la ciudad, pues marchar es apropiarse, subversiva y diferencialmente, del espacio

La acción encapuchada, por otra parte, constituye una forma de expresión radical del conflicto que acompaña y complementa la marcha. Su materialidad central es la barricada, un acto concreto con una serie de significaciones simbólicas (Contreras, 2005; Orellana, 2020). Es performatividad violenta que transmite valores y cultura, tanto para los manifestantes como para los adversarios (Graeber, 2002; Dupuis-Déri, 2010; D’Angelo, 2014; Juris, 2014). Al igual que la marcha, la barricada es efímera. Pero la barricada va más allá de la apropiación del espacio, y lo transforma con los materiales disponibles. En el caso descrito, unos trabajos en la Estación Central, proveyeron los materiales necesarios para erigir una barricada más grande que la de otros años, u otras movilizaciones. Esos objetos, arrumados y encendidos, se acompañaban de gritos, aplausos rítmicos, consignas y rayados. La barricada, la capucha y la violencia performativa, son acciones simbólicas que hacen referencia a la resistencia anticapitalista, y a un proyecto de rebelión, que se basan en un enfrentamiento directo contra el sistema (Orellana, 2020). En la barricada, todas y todos entienden su significado, y también conocen los modos de comportamiento adecuado en torno a ella: los encapuchados, la defienden y la mantienen prendida, como símbolo de radicalidad, como muestra la imagen 3; las fuerzas policiales, por los mismos

motivos, se esfuerzan en apagarla; los manifestantes, la miran a una distancia prudente. La barricada y la acción encapuchada producen un espacio liminal, donde las estructuras y posiciones sociales se desbordan y transfiguran. Las interacciones espaciales de esta acción están mediadas por la barricada como materialidad radical que, como la marcha, es también efímera.



Foto 3: Barricada encendida. Al fondo la Estación Central de Santiago. Elaboración propia.

En definitiva, la movilización del Primero de Mayo Clasista y Combativo es ilustrativa de los dos registros que constituyen esta apropiación particular del espacio, transformando la experiencia urbana de quienes participan de ella. La marcha y la acción encapuchada, con sus ritmos y performances características, involucran una serie de significaciones que subvierten, efímeramente, la experiencia urbana dominante, caracterizada por usos instrumentales e individualizados del espacio urbano (Delgado, 2004). Ambos registros constituyen manifestaciones de espacios diferenciales que resisten a la homogeneización (Lefebvre, 2013), produciendo un espacio vivido de otro mundo posible. La Alameda como hito urbano, se vuelve un espacio público en disputa (Fernández, 2013), donde cuerpos expresan emociones (Urzúa, 2011), que implican apropiación y transformación, material y simbólica, de la experiencia urbana vivida en contexto de movilización.

CONCLUSIONES

La movilización es un elemento constitutivo de las sociedades, y en Chile ellas han persistido a pesar de los esfuerzos realizados por los gobiernos de invisibilizarlas, desincentivarlas y reprimirlas. En ellas, la marcha como ocupación y movimiento, y la acción encapuchada como performatividad radical, son dos de sus elementos constituyentes, que expresan y comunican, de diversos modos, contestación. Ellas están, también, inherentemente articuladas a un espacio urbano que es apropiado y vivido, operando registros complementarios que subsisten efímeramente mientras la movilización está en acto, pero que desaparecen con su disolución.

La interpretación presentada aquí permite dar cuenta de esos registros donde la práctica contestataria se articula con el espacio, produciendo un espacio vivido contingente. Queremos resaltar aquí la relevancia de mostrar cómo, a través de ambas dimensiones de la protesta, la marcha y la acción encapuchada, los espacios cotidianos dominantes se subvierten. En la marcha, el espacio es apropiado y transforma, a través del caminar, la velocidad, el tránsito y la instrumentalidad en ritmos, pausas y pertenencias. La barricada y la acción encapuchada, además, producen un espacio subversivo, liminal, en el que las posiciones sociales se transfiguran. Ambas dimensiones, encadenadas, hacen emerger una experiencia alternativa del espacio a través de la práctica contestataria. La complejidad de esta experiencia la observamos en el análisis de ritmos y performances que dieron cuenta de cómo, a través de la práctica, el espacio que deviene vivido, diferencial, subvierte el espacio dominante. Pudimos ver que los ritmos y performances no sólo se inscriben en un espacio, sino que también lo producen, dando cuenta de la relevancia de las dimensiones sociales, históricas, y también espaciales en la configuración de las prácticas sociales contestatarias.

Volviendo sobre la discusión de las investigaciones respecto a la ciudad y la contestación, la relevancia de estos hallazgos es que, primero, permiten pensar en la producción de espacios diferenciales más allá del barrio; luego, como producciones sociales emergentes más que como resultado de una rígida lógica estructural y; finalmente, como espacios producidos en movilidad, mientras sus actores se mueven por la ciudad.

Profundizar estos hallazgos e interpretaciones al estudio de otras manifestaciones, así como al estudio de las transformaciones de la protesta, podría aportar en una comprensión más compleja respecto de cómo el espacio importa, y es más que un simple depositario de acciones sociales, produciendo y siendo producido por las prácticas contestatarias. En el caso de Chile, así como de otros países latinoamericanos que hemos vivido procesos de intensas movilizaciones, revueltas, rebeliones o estallidos sociales, el estudio de cómo se producen espacios a través de la apropiación y transformaciones material y simbólica de las protestas, permitiría profundizar estos hallazgos, así como situar la movilización social y el espacio vivido en perspectiva histórica.

Estas dimensiones pueden ser abordadas por los estudios etnográficos que, mediante el acercamiento directo a las prácticas de las personas y sus significaciones, permiten superar modelos de conocimiento basados en un realismo científico, objetivista y distanciado, construyendo nuevas categorías de comprensión de la realidad, a partir de lo que está realmente sucediendo en las vidas de las personas. En este artículo, realizamos esta comprensión a partir de la idea de producción de espacios vividos, de performances y ritmos de las prácticas contestatarias.

REFERENCIAS

- Angelcos, N. (2016). Movimiento de pobladores. Lucha social y política en el Chile contemporáneo. *Educação em Perspectiva*, 7(2), 324-345.
- Angelcos, N., y Pérez, M. (2017). De la “desaparición” a la reemergencia: Continuidades y rupturas del movimiento de pobladores en Chile. *Latin American Research Review*, 52(1), 94-109.
- Borch, Ch. (2002). Interview with Edward W. Soja: Thirdspace, Postmetropolis, and Social Theory. *Distinktion: Scandinavian Journal of Social Theory*, 3(1), 113-120.
- Borsdorf, A. e Hidalgo, R. (2009). From Polarization to Fragmentation. Recent Changes in Latin American Urbanization. En P. Lindert y O. Verkoren (Eds.), *Decentralized Development in Latin America* (pp. 23-34). Springer.
- Borsdorf, A., Hidalgo, R. y Vidal-Koppman, S. (2016). Social segregation and gated communities in Santiago de Chile and Buenos Aires. A comparison. *Habitat International*, 54(1), 18-27.
- Canteros, E. (2011). Las agrupaciones vecinales en defensa de los barrios. La construcción política desde lo local. *Polis*, 28, 85-99.
- Alessandri, A. (2014). La ciudad como privación y reapropiación de lo urbano como ejercicio de la ciudadanía. *Scripta Nova*, 18(493). dx.doi.org/10.1344/sn2014.18.14979
- Clifford, J. (2003). Sobre la autoridad etnográfica. En C. Reynoso (Ed.), *El surgimiento de la antropología posmoderna* (pp. 141-170). Gedisa.
- Contreras, T. (2005). Los “11” en democracia: ¿vandalismo anómico o nueva radicalidad política juvenil?. En R. Zarzuri, y R. Ganter (Comp.), *Jóvenes: la diferencia como consigna. Ensayos sobre la diversidad cultural juvenil* (pp. 211-238). CESC.
- Cortés, A. (2014). El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y derecho a la ciudad. *EURE*, 40(119), 239-260.
- Cresswell, T. (2010). Towards a politics of mobility. *Environment and Planning D: Society and Space*, 28(1), 17-31.
- D'Angelo, V. (2014). Violencia contra violencia. Un análisis de la táctica “Black Bloc”. *Revista Española de Ciencia Política*, 36, 13-33.
- Delgado, M. (2004). Del movimiento a la movilización Espacio, ritual y conflicto en contextos urbanos. *Maguaré*, 18, 125-160.
- Diz, C. (2018). Tácticas del cuerpo: activismo y resistencia en la ciudad en crisis. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXXIII(1), 127-152.

Dupuis-Déri, F. (2010). The Black Blocs Ten Years after Seattle. Anarchism, Direct Action, and Deliberative Practices. *Journal for the Study of Radicalism*, 4(2), 45-82.

Fernández, R. (2013). El espacio público en disputa: Manifestaciones políticas, ciudad y ciudadanía en el Chile actual. *Psicoperspectivas*, 12(2), 28-37.

Fischer-Lichte, E. (2008). *The transformative power of performance. A new aesthetics*. Routledge.

Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.

Graeber, D. (2002). The New Anarchists. *New Left Review*, 13(5), 66-78.

Haenfler, R., Johnson, B. y Jones, E. (2012). Lifestyle Movements: Exploring the Intersection of Lifestyle and Social Movements. *Social Movement Studies: Journal of Social, Cultural and Political Protest*, 11(1), 1-20.

Imilan, W., Jirón, P. e Iturra, L. (2015). Más allá del barrio: habitar Santiago en la movilidad cotidiana. *Antropologías del Sur*, 3, 87-103.

Janoschka, M. (2011). Geografías urbanas en la era del neoliberalismo. Una conceptualización de la resistencia local a través de la participación y la ciudadanía urbana. *Investigaciones Geográficas*, 76, 118-132.

Jirón, P. (2011). On becoming "la sombra/the shadow". En Buscher, M., Urry, J. y Witchger, K. (Eds.), *Mobile Methods* (pp. 36-53). Routledge.

Jirón, P. e Imilan, W. (2018). Moviendo los estudios urbanos. La movilidad como objeto de estudio o como enfoque para comprender la ciudad contemporánea. *Quid* 16, 10, 17-36.

Juris, J. (2014). Embodying protest: Culture and Performance within Social Movements. En Baumgarten, B. Daphi, P. y Ullrich, P. (Eds.), *Conceptualizing Culture in Social Movement Research* (pp. 227-247). Palgrave Macmillan.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.

Lefebvre, H. (2004). *Rhythmanalysis. Space, time, and everyday life*. Continuum.

Link, F. y Méndez, M. (2010). Ciudad y ciudadanía: ¿el barrio como factor de integración urbana?. En Universidad Diego Portales (ed.), *Chile 2009: Percepciones y Actitudes Sociales. Informe de la Quinta Encuesta Nacional UDP* (pp. 75-84). UDP.

López, E. y Ocaranza, M. (2012). La Victoria de Pedro Aguirre Cerda: ideas para una renovación urbana sin gentrificación para Santiago. *Revista de Urbanismo*, 27, 42-63.

Mansilla, J. (2015). Movimientos sociales y apropiaciones colectivas en la Barcelona post-15M: el papel de la Asamblea Social del Poblenou. *Etnográfica*, 19(1), 77-97.

Martínez, E. (2014). Configuración urbana, hábitat y apropiación del espacio. *Scripta Nova*, 18(493). [dx.doi.org/10.1344/sn2014.18.15022](https://doi.org/10.1344/sn2014.18.15022)

- Maturana, F. (2017). ¿Ausencia de planificación urbana en Chile? Algunas reflexiones. *Cybergeo: European Journal of Geography*. <http://journals.openedition.org/cybergeo/28064>
- Melucci, A. (1997). Rythmes internes et rythmes sociaux dans un monde planétaire. *Nouvelles pratiques sociales*, 10(2), 195-202.
- Melucci, A. (1985). The Symbolic Challenge of Contemporary Movements. *Social Research*, 52(4), 789-816.
- Orellana, N. (2020). Performance, ritual y movilización social. Primero de mayo y acción encapuchada en Santiago. *Izquierdas*, 49, 1912-1932.
- Orellana, N. y Chamorro, C. (2021). El cuerpo y el lienzo. Las performances de las protestas feministas y laborales en Santiago. *Comunicación y Medios*, 30(43), 91-103. <https://doi.org/10.5354/0719-1529.2021.58478>
- Ortega, T. (2014). Criminalización y concentración de la pobreza urbana en barrios segregados. Síntomas de guetización en La Pintana, Santiago de Chile. *EURE*, 40(120), 241-263.
- Pujadas, J. (2018). Etnografía móvil, entre el sombreado y el acompañamiento: notas a partir del estudio de la movilidad cotidiana en la Región Metropolitana de Barcelona (RMB). *Etnográfica*, 22(2), 361-386.
- Restrepo, E. (2018). *Etnografía. Alcances, técnicas y éticas*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Rodríguez, P. (2016). El debilitamiento de lo urbano en Santiago, Chile. *EURE*, 42(125), 61-79.
- Sabatini, F. y Brain, I. (2008). La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves. *EURE*, XXXIV(103), 5-26.
- Schechner, R. (2013). *Performance Studies: An Introduction*. Routledge.
- Schechner, R. (2005). *Performance Theory*. Routledge.
- Sheller, M. (2017). From spatial turn to mobilities turn. *Current Sociology*, 65(4), 623-639.
- Soja, E. (2010). Tercer Espacio: extendiendo el alcance de la imaginación geográfica. En Benach, N. y Albet, A. (Eds.), *Edward W. Soja. La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical* (pp. 181-209). Icaria.
- Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Traficantes de Sueños.
- Soja, E. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Blackwell.

Taylor, D. (2003). *The Archive and the Repertoire*. Duke University Press.

Taylor, D. y Fuentes, N. (2011). *Estudios avanzados de performance*. Fondo de Cultura Económica.

Tilly, Ch. (2005). *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*. Paradigm.

Urzúa, S. (2011). ¿Cómo marchan los jóvenes en el Chile de postdictadura? Algunas notas acerca de la apropiación del espacio público y el uso político del cuerpo. *Última Década*, 42, 39-64.

Zunino, D. (2018). Ritmo/ritmoanálisis. En Zunino, D., Giucci, G. y Jirón, P. (Eds.), *Términos clave para los estudios de movilidad en América Latina* (pp. 161-180). Biblos.